

**SEAN BLACK**  
**PUNTO  
MUERTO**

**SERIE RYAN LOCK**

# Punto Muerto

## Sean Black

Traducido por Luciano Giusti

“Punto Muerto”

Escrito por Sean Black

Copyright © 2015 Sean Black

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

[www.babelcube.com](http://www.babelcube.com)

Traducido por Luciano Giusti

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

# Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)

[Página de Copyright](#)

[Punto Muerto](#)

[La frontera entre California y Oregón](#)

[Un mes más tarde | 450 Golden Gate Avenue, San Francisco, California](#)

[Veinticuatro horas más tarde | Prisión de supermáxima seguridad de Pelican Bay, Crescent City, California](#)

[Seis semanas después](#)

[Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales](#)

[¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas? | Tus Libros, Tu Idioma](#)

# Prólogo

## La frontera entre California y Oregon

Ken Prager despertó con sangre en el fondo de su garganta y el cañón de una escopeta presionando con fuerza sobre su ojo derecho. Abrió el izquierdo: una cruz de madera en llamas estaba incrustada en el centro de un claro fangoso rodeado de secuoyas gigantes.

Entonces, mientras las brasas de la cruz en llamas subían al cielo como luciérnagas aspiradas por un viento arremolinado, llegó la pregunta que había estado temiendo durante los últimos seis meses. Una pregunta que, según su respuesta, podrían ser las últimas palabras que escuchara. Peor aún, la pregunta vino de la mujer de cabello rubio en el otro extremo de la escopeta.

"¿Quién demonios eres?" le preguntó.

Prager se aclaró la garganta para hablar y ella retiró la escopeta justo lo suficiente como para permitirle un vistazo de una figura solitaria que flanqueaba la cruz en llamas. Con los brazos cruzados, el rostro oscurecido por un pasamontañas, la figura estaba de pie en silencio, esperando una respuesta.

"Sabes quién soy", dijo Prager. Su voz sonó rota y dubitativa para él, la voz de un mentiroso.

Apoyó una mano en el suelo fangoso, intentando enderezarse y ponerse de pie.

"¿De qué se trata todo esto?"

"Dinos tú", dijo la mujer, cargando una munición en la recámara de la escopeta y volviendo a apuntarla en el medio de su frente. "Ahora, ¿por qué no lo intentas de nuevo? Y esta vez agradeceríamos la verdad".

Prager ahogó una risa. "¿La verdad?"

La verdad era que Ken Prager ya no estaba seguro de quién era. Seis meses atrás, había sido el agente especial Kenneth Prager, devoto hombre de familia y veterano de seis años de la Oficina de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos. Luego, sus jefes en la Oficina le habían pedido que trabajara de incógnito, para convertirse en Kenny Edwards, un marine caído en desgracia que había encontrado un nuevo propósito en la vida: librar a los Estados Unidos de América de cualquier persona que no tuviera la piel blanca.

Pero había descubierto rápidamente que había un inconveniente. Con el fin de convencer a los otros de su nueva identidad, primero había tenido que convencerse a sí mismo. Luego, para complicar aún más las cosas, y a pesar del hecho de que Ken Prager tenía una esposa en casa, se había enamorado. Esos seis meses habían difuminado los límites de su identidad a tal punto que ya no estaba seguro de poder responder con certeza a la pregunta de quién era él. Ni siquiera a sí mismo.

Sintió que la mujer apoyaba su hombro en la culata de la escopeta, la punta del cañón presionando dolorosamente sobre su cráneo.

"Necesitamos una respuesta, Kenny", dijo.

Prager parpadeó para quitarse la lluvia de sus ojos.

Apégate a tu historia. ¿No era ese el mantra? No se lo preguntarían si ya supieran. Si supieran, ya estarías muerto.

"Sabes quién soy", repitió Prager, tomándose su tiempo en cada sílaba, tratando de inyectar un tono de certeza a sus palabras.

"Bien, entonces", dijo la mujer, apenas inclinando la cabeza a alguien de pie detrás de él. "Tal vez esto te refresque la memoria".

Se sintió el ruido sordo de un motor diésel y una furgoneta se abrió camino chapoteando hacia el centro del claro

y se detuvo. Un conductor enmascarado trepó fuera de la cabina delantera y dio la vuelta hacia un lado.

Prager captó el destello de un pequeño trébol tatuado en los nudillos de la mano derecha del hombre mientras agarraba la manija y abría el panel lateral de la furgoneta con un ademán ostentoso.

La luz del techo iluminó el espacio de carga de la camioneta. Dos personas estaban acurrucadas en el piso. Una mujer de unos cuarenta años, el otro un muchacho en su adolescencia. Las cuerdas sujetaban sus manos y pies y una sola tira de cinta adhesiva plateada les cubría la boca; ambos estaban desnudos.

Al volver la cabeza, Prager vomitó en el suelo fangoso debajo de él.

"Jesús, no", murmuró, mirando a los ojos aterrorizados de su esposa e hijo.



# Primera parte

# Uno

## Un mes más tarde

### 450 Golden Gate Avenue, San Francisco, California

El paquete estaba apoyado sobre el escritorio de Jalicia Jones cuando llegó a su oficina en el Edificio Federal, poco después de las siete de la mañana. Era un sobre manila grande y acolchado, con su nombre escrito en él en grandes letras mayúsculas negras. Debajo de su nombre estaba su cargo. Sin remitente. Sin sellos. Sólo su nombre y su cargo.

Jalicia Jones

Fiscal Adjunto de Estados Unidos

Fuerza de Choque contra el Crimen Organizado

Tomó un último sorbo del café con leche descremado que compraba todas las mañanas en la calle de enfrente en la cafetería Peats y arrojó la taza a través del cuarto. La encestó dentro de su papelerera. Chocó los cinco con el aire fresco para celebrar los tres puntos del tiro de la taza de café, luego se sentó y miró al recién llegado.

No era correo interno, eso era seguro: se utilizaban sobres perforados para copias en papel enviadas entre departamentos. Sin dudas debería hablar con su asistente legal y tratar de averiguar quién lo había entregado. Tal vez incluso hacer que uno de los muchachos del Servicio de Alguaciles Federales de EE.UU., quienes proporcionaban la seguridad del edificio y de su personal, lo verificara para ella. Pero, casi de inmediato, desestimó ambas ideas. Jalicia era una mujer joven que se había condicionado a sí misma en los últimos años para suprimir el malestar y enfrentar el miedo.

No llegabas de las calles acribilladas de South Central Los Angeles a una escuela de leyes de la Ivy League sin esa capacidad.

Así que, en lugar de seguir el procedimiento, tomó el paquete y lo sacudió suavemente. Sintióse algo ridícula, lo sostuvo cerca de su oreja. ¿Qué estaba esperando oír, se preguntó, el tictac de un reloj?

Al diablo con él.

Abrió la parte superior del sobre, le dio la vuelta con una sacudida, y ahogó una risa de alivio cuando un único DVD cayó ruidosamente sobre la madera. Toda esa angustia, ¿y para qué? Eran probablemente imágenes de vigilancia, arrojadas sobre su escritorio por un pasante demasiado entusiasta que había empezado a trabajar antes que ella.

Tomó el disco de plata brillante y fue entonces cuando se dio cuenta de lo que parecía una tira de carne pegada al interior del plástico de burbujas. Al tomar un abrecartas del cajón de su escritorio, levantó la parte superior del sobre para ver mejor.

Lo que había tomado por una tira de carne se extendió hasta el fondo dentro del sobre. Con cuidado, lo empujó con el abrecartas. Su estómago dio un vuelco involuntario.

Con un pañuelo de su bolso, extrajo el rectángulo fino como el papel de lo que ahora podía ver que era piel humana y lo puso sobre el escritorio. Los bordes del rectángulo desigual estaban carbonizados. En el centro de la tajada de piel, expuesta en tinta oscura, había una esvástica.

El sonido del teléfono en su escritorio la hizo saltar.

"Jalicia Jones", dijo, su mirada aún paralizada por el rollo casi translúcido de piel con la esvástica carbonizada en el centro.

Silencio en el otro extremo de la línea.

"¿Hola?"

Se oyó un clic y luego la voz de una mujer, humana, pero sin lugar a dudas automatizada. "Usted tiene una llamada por cobrar de. . ." Hubo una pausa antes de que la voz

añadiera: "la prisión estatal de Pelican Bay. Presione uno para aceptar esta llamada".

Jalicia presionó la tecla del número uno en el panel. Hubo otra pausa, luego la voz de un hombre, profunda y masculina: "¿Señorita Jones?" Hubo un énfasis en el "señorita".

"¿Sí?"

"Habla Frank Hays".

Ella abrió la boca y respiró hondo, tratando de recuperar la compostura.

"Sabe quién soy, ¿verdad?".

Sabía muy bien quién era él. De hecho, cuando miró por encima de la pizarra de corcho en la pared de enfrente de su oficina, su rostro le devolvió la mirada. Una vieja ficha policial de un hombre blanco de unos veinticinco años, con una cabeza cuadrada, pelo hasta los hombros, un bigote raído y una mirada de profundo desprecio hacia el resto del mundo.

Pero el nombre debajo de la fotografía no era Frank Hays. Se refería a él por el apodo que se había ganado en la cárcel: Reaper.

Al lado de la imagen de Reaper había otras seis fichas policiales. Juntos, estos hombres en la pared de la oficina de Jalicia constituían el liderazgo de la pandilla más temida de Estados Unidos, la Hermandad Aria. Supremacistas blancos violentos, que se habían unido en la notoria prisión de San Quentin en California a finales de 1970; lo que les había faltado en cantidad lo habían más que compensado con su capacidad de aterrorizar a todo el que se cruzara en su camino, otros criminales violentos incluidos. Y dentro de sus filas, incluso dentro de su liderazgo, Reaper había ganado una temible reputación basada en su total desprecio por la vida humana. Se rumoreaba que durante su primera semana en la cárcel, después de haber sido amenazado de violación por el líder de una vieja pandilla de negros de la prisión, Reaper había respondido dejando inconsciente al

pandillero y lo había clavado a la pared de su celda con un martillo y cuatro clavos robados de un taller de la prisión.

Jalicia volvió a respirar hondo. "Sé quién es".

"Bien", dijo Reaper. "¿Recibió una entrega especial en los últimos dos días?"

"Esta mañana", dijo Jalicia, sus ojos atraídos nuevamente por el pergamino de piel. "Un truco bastante ingenioso. Entregar algo en mano estando en la cárcel".

Se escuchó una risa sofocada y gutural de Reaper. "He oído que estaba en camino, es todo. ¿Sabe a quién pertenece?"

Jalicia lo sabía muy bien. Muy probablemente la esvástica tatuada había sido cortada del cuerpo mutilado de Ken Prager, un agente encubierto de la ATF que se había infiltrado en un grupo supremacista blanco, que según las autoridades estaba llevando a cabo una variedad de actividades delictivas en nombre de los líderes encarcelados de la Hermandad Aria. "Sí, lo sé".

"Por lo tanto, usted y yo", Reaper continuó "creo que es hora de que tengamos una charla".

"¿Sobre qué?"

"Simplemente haga los arreglos. Y asegúrese de que esto no se sepa. No voy a serle útil estando muerto".

# Dos